

*Primeras Reflexiones sobre la Indispensable Conceptuación Sociológica de los Movimientos Independentistas**

Por Óscar URIBE VILLEGAS, de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales y del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

LA Independencia ¿constituye un tema histórico arbitrariamente trasladado al campo sociológico? O ¿es por sí mismo tema susceptible de tratamiento sociológico? ¿Es un tema que resulte válido dentro del rigorismo propio de la Sociología? Y, en caso de serlo, ¿en qué condiciones será susceptible de un tratamiento sociológico que pueda distinguirse claramente de un enfoque puramente histórico? Por otra parte,

* La versión original de este trabajo se escribió para el XIX Congreso del Instituto Internacional de Sociología. Difiere de la presente por algunas interpolaciones que no modifican esencialmente el contenido del mismo —como podrá comprobarlo quien confronte las dos versiones— pero al través de las cuales se busca apuntar algunas relaciones posibles que podrían adicionarse a las previamente delineadas. Se vuelve a publicar aquí —en forma ligeramente ampliada, como se dice, en un sentido que le da más calidad de lo “en-factura” —prefiriéndolo a otro estudio previamente destinado a este número de la *Revista Mexicana de Sociología* en razón de las posibles vinculaciones del mismo con el grueso de los materiales con los que el doctor Lucio Mendieta y Núñez, director de la revista, decidió formar el segundo número de su volumen vigésimosegundo. Conocido por algunas personas antes de su aparición, ha habido coincidencia en considerar el tema de los movimientos independentistas así concebidos como de primera importancia, habiendo podido recogerse la opinión de que el mismo, abordado en este sentido podía y debía haber producido un número mayor de aportaciones que el que recibió la Comisión Organizadora hasta la fecha límite o hasta la fecha límite del período ampliado de recepción de trabajos.

¿es o no un tema nuevo de estudio sociológico? Y el hecho de que se le haya incluido en el temario del Décimonoveno Congreso del Instituto Internacional de Sociología que eligió como su sede a México —país que nace a la vida internacional o interestatal al través de un movimiento independentista— ¿puede tener alguna significación particular para México y para los países latinoamericanos considerados genéricamente? Y, además, en forma no menos importante, ¿no puede tener —y tiene— un significado especial para la sociología misma? Son éstas —nos parece— otras tantas interrogantes que tenemos que abrir, otros tantos problemas que tenemos que plantearnos ineludiblemente si queremos que el tratamiento que hoy o mañana emprendamos de los movimientos independentistas discurra por los cauces apetecibles y si nosotros mismos hemos de sentirnos estimulados a realizar tal estudio en cuanto mexicanos y en cuanto interesados en la disciplina sociológica.

La Independencia es un tema histórico. Es lo primero que se ocurre decir al respecto, en forma terminante, especialmente por el latinoamericano que ha celebrado o está a punto de celebrar el Sesquicentenario de la Independencia de su país. Un momento de reflexión hace, sin embargo, que maticemos la expresión diciendo: la Independencia es un tema examinable principalmente desde el ángulo histórico. No se trata ya de que la Historia sea la única que puede reclamarlo como de su jurisdicción exclusiva. Otras disciplinas pueden estudiarlo. Pero ¿cómo? ¿En las mismas condiciones que la Historia? ¿Dejándolo sujeto a idénticas circunscripciones o delimitaciones que las que le impone la Historia? No nos parece. Queremos pensar, sin detenernos mucho en ello —puesto que es algo que no nos corresponde enunciar en este sitio—, que son varias las disciplinas que pueden hacer el examen del fenómeno independentista, y entre ellas habría que citar —para no mencionar sino algunas— las jurídicas, las diplomáticas. Pero, sin dejarnos perder por la multiplicidad de posibilidades de enfoque, queremos pensar que, por lo menos, al lado de la Historia debe figurar la Sociología en el examen de los fenómenos independentistas.

¿Qué es, al fin y al cabo, la Sociología? La Sociología es una ciencia que tiene que presentar necesariamente un aspecto paradójico para el no iniciado, aunque no sea sino por la forma en que José Medina Echavarría ha dejado constancia de sus dicotomías metodológicas.¹ Aunque no sea sino porque —entre otras cosas— como ha registrado el latino-

¹ Medina Echavarría, José: *Sociología: Teoría y Técnica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1ª Ed., 1941, pp. 204.

americano Alfredo Poviña,² la Sociología es una ciencia no-histórica de un objeto histórico.

En tales condiciones, si la Independencia es un fenómeno histórico, ¿no será un objeto que podrá tratar legítimamente esa ciencia no-histórica que es la Sociología?

Pero, aun admitido esto, hay peligros que evitar.

Y el peligro que hay que evitar ahora es, probablemente, el mayor.

Son muchos los que han creído y siguen creyendo que basta con referirse a un objeto que saben es susceptible de conocimiento sociológico para hacer Sociología. Se olvidan de que la Sociología no es pura y simplemente *conocimiento* de un objeto histórico. Se olvidan de que, más precisamente, es *ciencia* (o sea, conocimiento ordenado, sistematizado, con pretensiones de generalidad y validez), y se olvidan, además, de que es una ciencia *no-histórica*. ¡Como que son precisamente esas oposiciones (ciencia no-histórica de un objeto histórico, ciencia “natural” de un objeto cultural, ciencia espiritual de un objeto real, ciencia antinormativa de un mundo de fines) las que crean la tensión dentro del campo de la Sociología; las que hacen de la misma una auténtica *disciplina* rigorista y estimulante! No basta con trasladar el fenómeno Independencia tal y como puede definirlo o circunscribirlo la Historia al campo de la Sociología para constituirlo en objeto de conocimiento sociológico. El hecho histórico, el fenómeno histórico brutos, susceptibles de conocimiento sociológico, se convierten en hechos, en fenómenos sociológicos, en objetos propios de la Sociología, a partir del momento en que ésta los define para sus propios fines. El objeto del conocimiento sociológico —un momento después— se convierte en conocimiento sociológico cuando ha sido aprehendido ya por la Sociología. La primacía del método parece ponerse en evidencia. Sin un método sociológico adecuado no hay posible conocimiento sociológico, así exista objeto social susceptible de ser conocido sociológicamente. Pero esto no debe llevar al extremo de considerar que la Sociología es, al fin y al cabo, un método de conocimiento, una metodología, más que una ciencia en plenitud.

La Independencia es un fenómeno histórico, susceptible de conocimiento sociológico pero que, de por sí, no es aún ni siquiera objeto sociológico. Para que la Independencia llegue a convertirse en objeto de estudio sociológico es preciso que deje su naturaleza bruta de puro hecho históricosocial, gracias a la metodología sociológica, cuya tarea inicial

² Poviña, Alfredo: *Decálogo y Programa del Aprendiz de Sociólogo*. Cuadernos de Sociología. Biblioteca de ensayos sociológicos. Universidad Nacional. México, 1958. pp. 128.

tiene que ser necesariamente la definitoria o conceptuadora. Al través de la definición que del fenómeno Independencia haga para sus propios fines la Sociología, éste podrá pasar de la jurisdicción de la Historia a la de la propia Sociología. Muy probablemente, como se comprenderá, "Independencia" tendrá —deberá de tener, ineludiblemente— una significación distinta para el historiador y para el sociólogo. El problema puede parecer delicado al semántico, que incluso puede considerar peligroso un planteamiento como éste. Pero el peligro, en realidad, no existe; al término "Independencia" corresponderán indudablemente significados distintos dentro de las diferentes disciplinas que estudien el fenómeno correspondiente; pero habrá una porción medular común a todas que será la que mantenga la conexión entre ellas. Puede verse, de paso, el enorme servicio que pueden brindar la Lingüística y la Filología a cualquier esfuerzo interdisciplinario, y que es casi tan grande como el que esas disciplinas están esperando poder cumplir en la propia explicación sociológica. No existe el peligro, a pesar de todo, porque seguirá habiendo un significado "de diccionario" o "lexicográfico" del término y varios significados dependientes del contexto disciplinario en que el mismo esté colocado. Como que si hay espíritus conscientes que se percatan de la diferente significación de las formas lingüísticas en dos o más contextos sociales diferentes, son mucho menos los que se percatan de tal significación distinta de una misma forma lingüística en dos ocasiones: cuando se utiliza en dos contextos históricosociales diferentes (y nos parece que captar esta diferenciación es de extraordinaria importancia para la Sociología) y cuando se utiliza por dos disciplinas diferentes.³ Y, en este último sentido, nos parece útil prolongar el paréntesis, porque quienes no establecen dicha distinción obran inconscientemente (y esto es lo grave), *como si* hubiésemos alcanzado el nivel de una ciencia unificada y no como si fuera —como es— un *desideratum* de todas las ciencias esa unificación, que ha de lograrse *sólo si* previamente reconocen su diversidad y trabajan para conseguir una verdadera uni-versidad del conocimiento. . .

¿Significación distinta de "Independencia" en el terreno de la Historia y en el de la Sociología? Y no hay que temer demasiado, porque, a

³ Esta posibilidad de evocación de realidades distintas por un mismo término o vocablo cuando hablan dos personas cuyos marcos mentales son distintos, puede ponerse de manifiesto en una observación trivial de la vida diaria. Dos personas conversan. Una de ellas pregunta: "¿Nunca ha estado usted en el Tíbet?" Respuesta ingenua del oyente dotado de marcos mentales de amplitud mundial; que ha podido hacer algunos viajes al extranjero, y ve como posible el haber estado o llegar a

más de lo dicho, esa significación distinta puede provenir, sobre todo, de la diferencia en cuanto a su extensión. “Independencia”, en los campos de la Historia, evoca en nuestro espíritu una cierta idea de instantaneidad. Hay una fecha en que se realiza la “Independencia” de nuestros países —de cada uno de ellos—. Un día, un año determinados... Con base en ello, conmemoramos “El Sesquicentenario de la Independencia de México” sin hacer mayores aclaraciones. Puede decirse, en efecto, que tal forma de evocación puede surgir en las conciencia menos reflexivas, menos cultivadas. Que es para el pueblo —más que para el historiador— para el que la Independencia es un hecho que ocurre, de una vez para siempre, en un día, en un año... Que el historiador —así sea modesto— ha desechado tal idea ingenua para aceptar que existe, por lo menos, una fecha de iniciación de la Independencia y una fecha de consumación de la Independencia. Por lo tanto, que la palabra “Independencia”, todavía dentro del campo de la Historia (no ya popular, sino relativamente culta), evoca la idea no ya de una fecha y de un hecho, sino de un período y de una serie de acontecimientos. Pero ¿es sólo esa extensión temporal la que debería buscar la Sociología al tratar de definir para sus propios fines lo que entiende por “Independencia”?

Parece, en efecto, que la Sociología, como la Historia de ese “historiador así sea modesto”, podría aceptar la idea de “Independencia” en cuanto “Movimiento independentista” que tiene una iniciación y, al través de una serie de acontecimientos, llega a una culminación. Más aún: que, por detrás de sí tiene, en cuanto antecedentes, una preparación consciente y, quizá también, una larga gestación más o menos inconsciente, que quizá —si queremos seguir haciendo concesiones, hasta que la demarcación parezca borrarse—, tiene también por delante de sí, en cuanto consecuentes, ciertos resultados buscados y ciertas resultantes inesperadas o imprevistas. Pero hay algo que sigue haciendo que parezca demasiado estrecho el ámbito de lo que es “Independencia”, para la Historia, si se juzga el mismo desde el ángulo de la Sociología.

La “Independencia”, en la Historia, incluso para el historiador que no sea modesto, sino ambicioso, nos parece que evoca —que no puede dejar de evocar sin perder su carácter de fenómeno histórico estudiado con métodos históricos— fundamentalmente el hecho “Independencia

estar en la patria de los lamas: “No, nunca he estado ahí”. Desconcierto de la primera persona que tenía en mente el marco restringido de la ciudad de México y hacía referencia a un restaurante conocido como “Tibet-Hams”.

Política". Se trata de "Independencia" de los países latinoamericanos y el historiador no puede menos que pensar en acontecimientos del siglo XIX. La evocación que el término "Independencia" produce en el sociólogo es —tiene que ser— distinta. Decidle "Independencia" y haréis que, de inmediato, su mirada se extienda por un amplio período histórico. Haréis que salve las mismas divisiones impuestas por la periodización histórica. Lograréis que contemple una amplísima extensión temporal no limitada aún en su porción (o en lo que puede considerarse como su sentido) terminal. La Independencia, es posible que dijera el sociólogo, es "algo" —no queremos comprometer aún el término preciso— que, en el caso de nuestros países latinoamericanos, obtiene sus primeros logros en el siglo XIX; que, en el caso de los países africanos y asiáticos, obtiene sus primeros resultados en el siglo XX; pero que, aún en el siglo XX, no ha obtenido *todos* sus logros y, por lo mismo, no es fenómeno concluído, cerrado para los latinoamericanos. Que no sabemos si en el siglo XXI habrá concluído ya, se habrá cerrado ya, quizá hace mucho —como cabe esperar en razón de la aceleración del tiempo históricocial— en el caso de los pueblos asiáticos y africanos que, mientras escribimos, surgen a la vida independiente.

La Independencia Política es un hecho histórico resultante de una serie de acontecimientos, históricos también. Y es un hecho histórico bien concreto y preciso. En cambio, esa misma Independencia Política, en cuanto hecho sociológico, corre el riesgo de deshacerse entre las manos. No cabe hacer Sociología del hecho Independencia Política. Puede hacerse Sociología del proceso independentista (más precisamente del proceso que conduce a la independencia) aunque en forma muy restringida, que llega a denegar la posibilidad misma, según veremos más adelante. Y asimismo puede hacerse Sociología del México, de la Latinoamérica independientes. E incluso mientras que en el segundo caso podría hablarse con derecho —y más de una Sociografía que de una Sociología— de una "Sociología del México Independiente" e "Independiente en lo Político", no parece que pudiera legitimarse en sentido estricto un estudio sociológico del proceso de independencia *política*.

En forma eminente, para el sociólogo, la idea de "independencia" evoca de un modo natural la de "proceso social", la de "movimiento independentista", pero esa idea borrosa que de ello tiene debe precisarla mediante una definición adecuada.

Sin que la bondad o maldad de nuestro intento definitorio —tentativo, por otra parte—, dañe lo dicho anteriormente, podemos decir que, en tanto la "independencia política" no repercute en todos los ámbitos

de la vida social, la misma puede ser objeto de estudio del Derecho o de la Política internacionales o interestatales, pero no de la Sociología. Pero, *a partir del momento en que la independencia política ha repercutido en todos los ámbitos de la vida nacional, ha dejado su primitiva circunscripción* para llegar a alcanzar su verdadera magnitud sociológica de fenómeno total. La independencia, en estas condiciones, nos parece que no puede ser objeto de estudio de la sociología sino a partir del momento en que ha llegado a ser total o en cuanto tiende a ser total. De este modo es factible estudiar sociológicamente la independencia de los pueblos africanos en cuanto los mismos den muestras de querer alcanzar asimismo su independencia en otros sectores, mientras que será ilegítimo hacer tal estudio cuando los mismos hayan mostrado el deseo de desvincularse políticamente de sus metrópolis, pero conservando intactas sus restantes estructuras. La independencia es, en este sentido, un proceso social que se realiza en distintas etapas; que tiene frecuentemente como uno de sus puntos culminantes la separación jurídicopolítica con respecto a la metrópoli; pero que, tanto en su gestación como en su fructificación, representa un anhelo de diferenciación social y, al fin y al cabo, una auténtica diferenciación social total, una perfilación propia de la sociedad de que se trata en el campo internacional.

Pero es más: para quien observe con atención, se pondrá de manifiesto que la independencia (como, por otra parte, la mayoría si no la totalidad de los procesos sociales complejos que conocemos —pues los simples son simplificaciones realizadas por el sociólogo—) es un proceso social polarizante. Marcha de una forma de dependencia hacia otra forma de dependencia, en la que culmina al través de lo que, en sentido muy restringido y haciendo toda clase de salvedades —como que, al fin y al cabo, es probable que para un análisis cuidadoso y detallado resultara en realidad inexistente—, podríamos denominar “situación plenamente independiente”. Marcha de una forma de dependencia a otra. Veamos lo que queremos decir y lo que significa o importa el cambio, el valor que el mismo tiene para las sociedades de que se trata, ya que sin ello ni se puede explicar ni comprender el que se realicen tales movimientos independentistas.

Marcha de una forma de dependencia a otra. De una dependencia con respecto a una metrópoli a dependencia de todo un conjunto de Estados. De una dependencia regida por lo político a una dependencia regida —¿regida?, ¿manifiesta?— manifiesta en lo económico, en lo social, en lo político, en lo cultural. Si conjugamos ambos elementos, diremos: *de una dependencia* en que las necesidades políticas de la metrópoli

condicionan la satisfacción o insatisfacción de las necesidades que en lo económico, en lo social, en lo político, en lo cultural tenga el país dependiente, por encontrarse los satisfactores adecuados en cuanto tales al través de las relaciones entre esos Estados distintos y el Estado metropolitano, a una situación en la que esto no ocurre y en la que la situación independiente del Estado, las relaciones que mantiene con otros Estados, convierten para él en “satisfactores” elementos que se encuentran en el territorio de esos otros Estados y de los que —al través de vías diplomáticas y comerciales— puede disponer convirtiéndolos en “recursos”.

Concepción sociológica ésta de tránsito de una dependencia a otra en cuanto el movimiento independentista que así se cumple representa un cambio en las representaciones colectivas de la sociedad correspondiente. Los elementos naturales y culturales distribuidos desigualmente en el mundo, geofísica e históricoculturalmente susceptibles de convertirse para una sociedad en “recursos”, pasan, en casos extremos, de la calidad de *simples cosas* a la calidad de auténticos *recursos* y de verdaderos satisfactores (dejan de ser realidades físicas para elevarse a realidades económicas); en casos intermedios pasan de la calidad de recursos difícilmente obtenibles —obtenibles a alto precio, a costa de enajenaciones penosas en otros sectores de la vida social— a la calidad de recursos fácilmente obtenibles; obtenibles sin mengua de la dignidad, sin concesiones lesivas para los perfiles propios de la sociedad (la riqueza del Mundo deja de ser ajena para convertirse en apropiable al través de la vinculación interna de una sociedad humana: al través de la socialización máxima; al través de la constitución *real* de la Sociedad Humana).

Marcha de una forma de dependencia a otra. De una etapa de plena dependencia a una etapa de *interdependencia*, tanto como a una etapa de *multidependencia*. Porque, en tanto no hay reciprocidad entre las acciones y reacciones de las sociedades que entran en relación, no puede pensarse en auténtica independencia. Porque, en tanto se depende de una sola fuente de abastecimientos y de un solo “mercado” (en sentido amplio) de consumo, no se puede pensar en independencia auténtica.

Marcha de una forma de dependencia a otra. De una etapa de invalidez técnico-social a una etapa de valimiento técnico-social. Las naciones independientes son, en este sentido, las que cuentan con iguales armas o con iguales instrumentos para conseguir sus satisfactores en el ámbito jurídicopolítico internacional, y es por ello también por lo que se considera sintomático de independencia el que una nación tenga representantes diplomáticos en otros países.

En tales condiciones no sólo ocurre el que la sociedad que ha pasado de la dependencia a la independencia o a la interdependencia se presente en forma distinta el mundo naturalcultural —ya que todo movimiento independentista tiene que conducir necesariamente, como culminación, a una mutación, a un cambio de la mundivisión o cosmoteoría—, sino que también puede observarse el hecho de que la sociedad que de la dependencia ha pasado a la independencia o a la interdependencia adquiere actitudes sociales distintas que desembocan asimismo en diferentes maneras de querer y en diferentes formas de actuar.

Estos cambios en la conducta, dependientes de un cambio en la mundivisión, de una transformación —quizá también— en las matrices axiológicas propias de la colectividad humana de que se trate, así como de una toma de conciencia de sí dentro de esa mundivisión y en relación con esa matriz valorativa nueva (en cuanto la sociedad así transformada pasa a considerarse “sujeto” de la acción social), ¿no son los rasgos esenciales que dan carácter sociológico al movimiento independentista, que de este modo se delimita y define?

Porque, en este tránsito, ¿no se dan todos los elementos de la causalidad social que ha señalado tan atinadamente MacIver? ¿No ha habido, por una parte, un cambio de las finalidades propias de la vida social? ¿No ha habido una revaloración social de los fines? ¿No ha variado el instrumental técnico (tanto en sentido estricto como en sentido social o político), enriqueciéndose y haciéndose más efectivo? ¿No se ha buscado una mejor adecuación de las técnicas sociopolíticas para alcanzar las finalidades propuestas?

Pero, más que todo esto, ¿la colectividad que se independiza plenamente no pasa de la condición de objeto a la condición de sujeto de la Historia? Y, naturalmente, al ocurrir esto, ¿no pasa de su subsunción en el continuo *indiferenciado* de la situación colonial —como que, en gran parte por esto, Africa fue hasta ahora el “Continent *Negro*”— a la perfilación propia lograda teniendo como trasfondo lo internacional?

Es indudable que esto ocurre así; pero también es indudable que hay que reconocer etapas en este proceso de “personalización” internacional de las colectividades humanas. Dijimos antes que la independencia jurídicopolítica era apenas el primero de los logros del movimiento independentista. ¿No habremos dicho exactamente lo contrario de lo que debimos decir en cuanto, si lo tomamos por el otro extremo, parece que la independencia jurídicopolítica es la culminación de un proceso o el logro máximo del mismo? Se necesita que una colectividad humana haya tomado conciencia de sí como distinta para que se lance a buscar

su independencia y, al través de hechos de armas, de negociaciones o de resistencia pasiva, logre independizarse jurídicopolíticamente de su metrópoli. Pero seguimos estando en lo correcto cuando consideramos que esa independencia jurídicopolítica es uno de los primeros logros del movimiento emancipador. Todo lo anterior, toda esa formación de un sentimiento nacional, corre en muy buena parte por los cauces de un “inconsciente” o de un “semiconsciente” colectivo, y si bien hay quienes despiertan —las más de las veces también en forma inconsciente o semiconsciente— esa conciencia nacional, tal parece que los fenómenos correspondientes a esta toma de conciencia debe estudiarlos más la psicología social que la sociología. Es apenas con las declaraciones de independencia, con los hechos de armas, con las negociaciones, con la realización o el sostenimiento de una resistencia pasiva, con lo que la gestación del movimiento independentista produce sus primeros frutos observables y válidamente estudiables por la sociología.

El estallido del movimiento exterioriza, objetiviza; hace que la inquietud se revele en la acción; *que lo psicológico dé el salto cuantitativo* y, cambiando su calidad, *se convierta en algo social*. Pero serán las acciones heroicas las que hagan más tarde reflexionar sobre los motivos que impulsaron a realizarlas; las que hagan que esa sorda inquietud se traduzca en palabras —aquí también parece que el *In principium erat verbum* sigue siendo válido—. Serán las acciones las que se verterán en expresiones y racionalizaciones, las que permitirán precisar y perfeccionar la toma de conciencia iniciada antes del estallido del movimiento independentista. La nación que ha tomado conciencia de sí, en cuanto sujeto de acciones sociales en el campo internacional, ha realizado la posibilidad que la inquietaba y que, en lo sucesivo, tratará de llevar a su culminación, efectivizando su independencia en todos los sectores de la vida social.

A partir de este fenómeno, quienes reflexionan sobre la historia, y especialmente los filósofos de la historia de la nación, configuran —gracias al recorrido que hace y al blanco al que apunta la flecha lanzada por el arco de la independencia política— la situación que la nación deberá de considerar como meta a la que hay que aspirar. Es ésta, en lo concreto —meta que se difuma o precisa en diferentes momentos del desarrollo ulterior—, lo que constituye la entelequia, la *idée-force*, idea-fuerza o idea motora (unque nos parece que “entelequia” podía hacer referencia a un complejo como el que queremos designar, mientras que la idea-fuerza se refiere a algo mucho más elemental y simple) que la nación querrá y tratará de realizar en sí misma. Es esto lo que permite

hablar, en el terreno sociológico, de una causalidad doble, resultante de las determinaciones que desde el pasado se ejercen sobre la sociedad colocada en determinadas condiciones espaciotemporales (y determinaciones cuya intensidad atempera la intervención de una expandente libertad humana), así como de las incitaciones que, desde el futuro y gracias a la previsión o prospección social, ejerce dicha entelequia, gracias a la cual —a su vez— se puede hablar, en el terreno sociológico, de una verdadera causalidad entelequial que, en grado no menor que la causalidad pura o natural, es uno de los motores de la Historia. Ahora que habría que señalar también que, probablemente, sin que él hable en tales términos o se haya percatado de la existencia de estos elementos dentro de su esquema, causalidad natural y causalidad entelequial puedan integrarse en un esquema análogo al esquema de causalidad social de MacIver.

En tales condiciones, si tratásemos de encontrar las raíces psicológico-sociales de los movimientos independentistas, resultaría indudablemente necesario remontarse al encuentro de los caracteres de los pueblos en presencia, porque ¿cómo podría tomar conciencia de sí como distinto un grupo humano que por su cultura no hubiese sido en algún momento efectivamente distinto? Es, en este sentido, como el haber incluido el tema correspondiente —al lado del referido a las luchas por la Independencia frente a España y Portugal— hace parecer como un acierto el que los organizadores del Décimonoveno Congreso Internacional de Sociología hayan propuesto el tema referente a la investigación concreta —casi nos inclinamos a sustituir en este contexto tal expresión por la de “investigación etnográfica” o, para nuestros propósitos, “etnohistórica” de finalidad sociológica— de los fenómenos “indios”, pues tal parece que dicha inclusión *no debe* de atribuirse al puro azar.

Sólo en cuanto hubo en los diferentes rumbos de América Latina culturas indígenas (fundamentalmente o considerablemente distintas de las culturas de los pueblos europeos conquistadores) puede hablarse en auténtico sentido sociológico de movimientos independentistas latino-americanos. Y quizá, en contraste, en la América sajona, la toma de conciencia necesaria para el movimiento independentista haya de atribuirse a razones distintas, de enfrentamiento a condiciones físico-geográficas diferentes de las de los lugares de origen y conducir a resultados también diferentes. Y la situación resultaría ser, paradójicamente, la siguiente: los Estados Unidos de América y Canadá, trasplantes europeos en América, partidos de un nivel más alto en amplio contexto humano —por lo menos en lo técnico— resultarían ser, dentro del con-

texto americano, pueblos más primitivos que los de la América Latina, en cuanto nacidos de un enfrentamiento del hombre a las cosas y no de un enfrentamiento del hombre al hombre (un enfrentamiento de una cultura a otra o de varias culturas de un orbe particular a otras varias culturas de un orbe no integrado aún, diferente). En este sentido y, paradójicamente ¡los Estados Unidos de América y el Canadá, más urbanizados en lo actual que Latinoamérica, resultarían potencialmente menos dotados para la forma de vida urbana que los pueblos latinoamericanos, en cuanto nacidos de un enfrentamiento a un medio natural (como el campesino) y no de la respuesta dada el reto de un medio cultural distinto del propio, del reto de un medio cultural, y, como tal, artificioso, hechizo (como el urbanita). Pero esta línea de pensamiento podría conducirnos demasiado lejos. . . quizá en el sentido de la explicación de los desajustes sociales propios de la América sajona, enfrentable a la explicación de los desajustes sociales latinoamericanos. . . Y no podemos ceder a la tentación sin rebasar el marco de estas consideraciones preliminares para el estudio sociológico de los movimientos independentistas.

Lo que de momento nos importa es que, engañosamente cubiertas por la colonización, esas diferencias étnicoculturales afloraban en nuestros países durante el período colonial — *que más que historia tiene*, y tiene de un modo indudable, esa *intrahistoria* cara a Unamuno— en forma cada vez más frecuente y prolífica, llamando la atención hacia la existencia de un substrato bullente que, al fin y al cabo, tendría que acabar por abrirse paso al través de la delgada capa aportada por los colonizadores.

Pero también habría que observar que los movimientos independentistas resultan posibles en buena parte gracias a la Conquista y a la Colonia. La independencia no representa para los pueblos latinoamericanos en el siglo XIX, o para los pueblos afroaisiáticos en el siglo XX, librarse de la tutela de sus respectivas metrópolis, sino que significa sobre todo que, al través de ella, ingresan en la gran corriente de la historia mundial. Y se dirá, fácilmente, que hablar así de “ingreso en la gran corriente de la historia mundial” responde a un prejuicio que hace pasar el meridiano de la Historia por Europa exactamente en la forma criticada por Luis Espinosa y Prieto en *Una Desorientación Occidental* (“la Reina Victoria debería ser para nosotros una auténtica y exótica soberana *oriental*”). Pero, fuera de cualquier preconcepción, ¿no es un hecho observable el que las naciones previamente coloniales que han buscado independizarse han buscado colocarse en pie de igualdad con

los países europeos, copiando en buena parte —aunque ulteriormente modifiquen, como es ineludible que lo hagan, de acuerdo con determinantes o relativizantes sociológicas— las instituciones europeas? En Latinoamérica en el XIX, como en África en el XX, *los modelos formales de la independencia* (modelos jurídicos políticos) *se toman de fuera*, se importan de Europa directamente —o se toman de Europa al través del efecto reductor a lo americano, que es la independencia estadounidense— por individuos colocados en esa extraña situación marginal (o de zona secante de dos círculos) de todos los líderes o caudillos (con un pie aquí y uno fuera de aquí), *mientras que los contenidos de esa misma independencia tendrán que tomarse de dentro*.

Ser independiente de alguien en un mundo en el que dominan las formas sociopolíticas de ese alguien consiste en llegar a adquirir esas mismas formas sociopolíticas dándoles el propio contenido que se considera como inalienable, como incanjeable, precisamente para preservar y defender tal tesoro. Los modelos, en los movimientos independentistas latinoamericanos, se tomaron de fuera (como que no sabemos de ningún intento serio de copiar el antiguo Incario o alguna otra organización prehispánica semejante inmediatamente a raíz de la independencia). Pero los contenidos venían de dentro, pugnando por expresarse al través de dichos vehículos, viéndose obligados a permanecer en muchas ocasiones expresados a medias. Pero éstos son contenidos que, al fin y al cabo, al través del largo proceso, se van abriendo camino, y, al abríselo, van adaptando a sus necesidades las instituciones copiadas, que, en un determinado momento, pueden incluso saltar, cuando los contenidos adquieren fuerza expansiva, cuando las formas resultan demasiado restrictivas, dando lugar a las revoluciones sociales definidas en el sentido en que lo ha hecho el Dr. Lucio Mendieta y Núñez, como cambios —él usa la palabra “trastornos”; pero, por su definición de la misma,⁴ resulta claro que su intención no fue usarla en el sentido sociopatológico— de la vida colectiva, que introducen en las sociedades humanas nuevas formas de coexistencia. Porque, finalmente —del centro a la periferia—, la independencia tiene que llegar a una situación en la que los contenidos —modificados también por la dialéctica de las situaciones, por los procesos de transculturación, etc.— contribuyan a conformar sus propios continentes haciéndolos cada vez más adecuados a ellos,

⁴ Mendieta y Núñez Lucio: *Teoría de la Revolución*. Cuadernos de Sociología. Biblioteca de ensayos sociológicos. Universidad Nacional. México, 1959, pp. 224. La cita es de p. 38.

lo cual no obsta para afirmar también que —de la periferia al centro— se ejercerán ineludiblemente —ya en la vida independiente de la nación que se ha vuelto verdaderamente interdependiente— presiones para que tal proceso no conduzca a la situación previa a la independencia y, más aún, a situaciones anteriores a la conquista.

¿Qué conexión es la que existe entre Independencia y Revolución? Buscamos anhelosamente una respuesta en la literatura y no la encontramos. El autor de la *Teoría de La Revolución*, que nos ha brindado una visión cerrada, armónica, en un libro cuya validez y valor han reconocido adecuadamente sociólogos tanto mexicanos como no mexicanos, no se plantea el problema —como que no tenía por qué plantearse—. Pero, ante la incitación del Decimonoveno Congreso Internacional de Sociología, resulta ineludible abrir la interrogante que nos reintegra a los terrenos de la contextualización internacional que nos resultan tan queridos.

El tema es tentador, especialmente para un mexicano que ve celebrar simultáneamente en su presente el “Sesquicentenario de la Independencia” y el “Cincuentenario de la Revolución”. La conexión —así sólo tengamos que anotar apresuradamente— parece íntima. Si hubiésemos de asentar una afirmación tajante —de ésas que tanto nos disgustan, con todos los riesgos que la misma tiene— más producto de una iluminación momentánea —que habría que ver si no es deslumbramiento— que de un examen detenido, detallado, preciso, diríamos que: No hay revolución posible sin independencia previa. Y no sólo en el sentido histórico mexicano, sino en sentido sociológico. Transformación profunda de las formas de convivencia, sí, pero dentro de la delimitación tácita dada por el autor de la *Teoría de la Revolución* a su tema de estudio dentro de una contextualización de vida independiente o de realización en una sociedad que tiende a la independencia; dentro del contexto de sociedades que, al menos, han conseguido la independencia *política*. Como que “tradicionalmente se halla tan fuertemente unido el sentido político a la idea de la revolución que parece imposible desprender uno de otra, pues, según hemos visto, no son pocos los autores que en la actualidad siguen definiéndola como un movimiento subversivo en contra del poder político”.⁵

Transformación profunda de las formas de convivencia lo es la conquista, con su colonización correspondiente; sin embargo, nos parece que sería abusar de la flexibilidad del idioma si la llamásemos revolu-

⁵ Mendieta y Núñez, Lucio, *Opus cit.*, p. 40.

ción. En todo caso, se trataría de “revolución” en un sentido más amplio que el ordinariamente asignado al término; se trataría de revolución en un ámbito mundial, o de revolución estimulada internacionalmente o intersocietariamente.

Transformación profunda de las formas de convivencia, el mero proceso que conduce a la independencia política —en buena parte por cauces intrahistóricos, sólo en parte mínima por el cauce histórico— no la produce de por sí en forma inmediata. Y si la independencia política puede ir acompañada de una transformación profunda de la vida social puede no representar por sí misma tal transformación. Es más: lo más probable es que tal transformación —en lo fundamental— se posponga. La independencia política puede tener como concomitante una revolución social, pero lo más frecuente es que sólo ponga las semillas para que tal revolución llegue a brotar y fructificar.

Es la misma fuerza motriz la que mueve, la que produce (como la luna y el sol las mareas) los movimientos independentistas y las revoluciones sociales, pero independencia y revolución son dos manifestaciones distintas de ese mismo motor histórico. Bulle en cada pueblo que se hace nación un sentimiento, un deseo de ser él mismo, de llegar a realizar la idea, la imagen que tiene de sí. Tal sentimiento, tal deseo, se experimentan en relación con condiciones externas que bloquean la satisfacción. En primer término, se experimenta como factor de bloqueo la dominación que otra nación, que un Estado, ejerce sobre la sociedad correspondiente. Esta cree que basta con romper los vínculos jurídicos para realizar el proyecto que comienza a configurar de sí misma. Es producto de observación y de experiencias ulteriores el comprender que los factores que impiden tal realización *no son* exclusivamente jurídicopolíticos. Es de este modo como siguiendo sus propias determinaciones se prolonga el movimiento independentista, buscando su autoconsumación en la interdependencia digna y multilateral de que hemos hablado. Pero, en el transcurso del propio movimiento independentista, la sociedad correspondiente suele descubrir que no son sólo factores externos los que impiden su realización; que existen asimismo, internamente, otros que la desvían de tal realización; es entonces cuando se produce la revolución social que, si bien se ve, converge con el movimiento independentista en el descubrimiento progresivo, en la realización de la entelequia que la guía, de la luna que mueve sus fondos oceánicos y produce sus mareas.

Asimismo, en el movimiento independentista —especialmente cuando abarca a varios países, como ocurrió en tratándose de la independencia latinoamericana del xix y como ocurre ahora que se trata de la indepen-

dencia francoafricana y angloafricana en el xx—, hay que ver la forma en que suelen gestarse entelequias más amplias. España, al conquistar a los pueblos dispersos de América, al hacerles participar de una misma cultura en su sentido más amplio, antropológico, de “forma o sistema de vida”— aun cuando permitiese que predominantemente participaran de la enseñanza las clases superiores de las colonias —les dio a todos esos pueblos un cierto sentimiento de comunidad —comunidad en la desgracia, si se quiere, pero comunidad al fin, que es lo que nos interesa en sentido sociológico—, un cierto sentido de comunidad que pudo ser también, en muy buena parte, el de todos los marginales de las diferentes latitudes de la América Española, pero que, al fin y al cabo, sería el que informara el sueño, la prospección bolivariana. El hecho de que, más o menos por las mismas épocas, esas diferentes naciones surgieran a la vida independiente se incorporan a la corriente de la Historia —virtiéndose en ella precisamente gracias a su ruptura con una misma metrópoli— y hubiesen de luchar para alcanzar reconocimiento internacional —como lo muestra la historia diplomática de muchas de ellas— con dificultades parecidas, habría de consolidar las prospecciones bolivarianas.

Al través del período políticamente independiente de los países latinoamericanos ha podido advertir la Historia de las ideas ciertos fenómenos de convergencia (nosotros hemos dicho en ocasiones, tomando símiles arqueológicos, que parece haber una verdadera “estratigrafía” común, o por lo menos correlaciones estratigráficas altas en la historia de las ideas en Latinoamérica); convergencia que apunta, una vez más, en el sentido del ideal bolivariano, que, de tal forma, precisa sus perfiles en la Historia, comprobando la existencia de esa casualidad entelequial colaboradora de la pura causalidad natural en el caso de las sociedades. Y que se descubre en los hechos, mediante las acciones históricas, tanto o más que en las puras lucubraciones racionales —diremos, para tranquilizar a todos los que creen descubrir en tales expresiones un idealismo o un teoreticismo que en realidad no nos tientan, a pesar de las apariencias.

La coyuntura económica, por su parte, contribuye en nuestros días a revelarnos más aún la comunidad de destino de nuestros pueblos. Hay, es cierto, disensiones internas producto de la miopía o de una visión demasiado aguda y mal intencionada. Hay asimismo intentos de difumar, oscurecer y borrar finalmente el ideal de una comunidad latinoamericana, en cuanto por ver sólo los aspectos económicos y actuales —siempre el error de querer contemplar lo sociológico fuera de su perspectiva histórica genética como, por otra parte, lo hay en cuanto a con-

siderarlo fuera de su perspectiva histórica genésica— se quiere hacer una *congerie* con todos los pueblos insuficientemente desarrollados del globo, dentro de la que los pueblos latinoamericanos —como a su vez podrían objetarlo también los pueblos africanos de colonización francesa, los africanos de colonización inglesa, etc.— perderían sus caracteres diferenciales históricos, su sentimiento de comunidad de destino, la fuerza interior que los liga.

En ese sentido, cabe afirmar que si Latinoamérica quiere servirse a sí misma en lo particular, si quiere servir a ese “Tercer Mundo” de los países insuficientemente desarrollados, al que, por lo económico y lo técnico pertenece, en lo específico, y si quiere asimismo servir a la convivencia pacífica internacional de todos los pueblos de la Tierra, en general (y con ello a la Humanidad entera), no debe dejar de reconocer su comunidad de origen. Una comunidad de origen que, dignamente, cabe no situar en la Conquista común por España, Portugal y Francia, sino en la independencia común de España, Portugal y Francia y en los caminos recorridos por los pueblos latinoamericanos durante estos ciento cincuenta años de vida independiente políticamente, de lucha por una independencia plenaria o, mejor aún, por una interdependencia digna, multilateral, dentro del “concierto internacional”. Aun cuando el paralelismo de sus historias no permita marcar siempre una periodización idéntica para las etapas del proceso emancipador de sus sociedades. Como que algunas, independientes políticamente, viven, como dijo algún sudamericano entrevistado por *Novedades* al referirse a su propio país, una vida colonial, casi denegadora —agregaríamos por nuestra parte— de la independencia; denegadora del movimiento independentista; necesitada de una revolución que contribuya a la realización de la entelequia propia de esa nación y de la comunidad latinoamericana.

Negativa a dejarse englobar *sin más trámite* en la *congerie* que en tales condiciones resultaría el llamado “Tercer Mundo” o “Mundo subdesarrollado” —alguno no dudaría en llamarlo “Mundo del Hambre”—, no porque los pueblos latinoamericanos tengan una conciencia de superioridad con respecto a los pueblos recién nacidos a la vida independiente en Africa o en Asia —y más quizá con respecto a los primeros que en relación con los segundos, dotados de culturas volumétricamente más amplias y *escritas*—, sino porque Latinoamérica podría constituir para ellos una experiencia y un ejemplo. Una experiencia en cuanto a las dificultades que enfrenta el movimiento independentista que busca consumarse plenamente. Un ejemplo, en cuanto podría mostrar los caminos para la constitución de una unidad suprarregional o macro-

regional *no en lo institucional* jurídicopolítico (tipo federación, como lo está pretendiendo la Federación Mali, por ejemplo) *primeramente, sino en la vida social no institucional, que busca o que llega a institucionalizarse* en diferentes formas jurídicopolíticas, *como resultado final de un largo proceso histórico*, y para lo que será necesario extraer un gran mito común, quizá del islamismo, en un conjunto de pueblos afectados por él, ya que en Africa el único Estado cristiano es Etiopía. . . , si no se quiere que Africa vuelva a hundirse en la negrura, en la atomización propia de la tribalización, que volverá a entregarla en manos de los antiguos o de los nuevos imperialismos.

Una experiencia y un ejemplo que creemos recordar no han estado ausentes, ya en los actos ya en el pensamiento, del dirigente africano, y más específicamente ghaniano Nkrumah —aunque sobre el mismo no deje de gravitar la *Commonwealth*— al través de aquella visión bolivariana (que, a su vez, tomaba Bolívar de modelos griegos), según la cual “lo que Corinto fue para los griegos debía de serlo Panamá para nosotros”, o ya en el pensamiento de Berthélémy Boganda, que soñaba con unos Estados Unidos de Africa Latina, bella idea a la que la latinidad tanto europea como americana debiera de dar estímulo e impulso sirviéndose, como motor, de lo más alto que encontrase en sí misma.

Una experiencia y un ejemplo que los latinoamericanos, desde nuestra propia perspectiva de adelantados de un mundo en proceso de independización —de “descolonización”, en muchos aspectos, como diría el temario del Décimosexto Congreso Internacional de Sociología—, debíamos estar compartiendo *ya* con los pueblos africanos. Con los pueblos de Africa Latina, si así se quiere, más específicamente, debiendo recordarse, al respecto, que nuestra perspectiva aventajaría en todo caso a la de los NO-latinoamericanos precisamente por el hecho de que, habiendo sido nuestros pueblos colonizados, nunca han sido y no pretenden ser, en el futuro, colonizadores. Pero en todo caso —incluso en el de rechazo de las orientaciones que pudiera brindar la latinidad—, con los pueblos africanos en general, que surgen a la vida independiente en condiciones distintas de las nuestras, con trasfondos históricos y culturales, con hechos de conquista y de colonización diferentes también, pero a los que, si no nos unen antecedentes históricos concretos, sí tienen que unirnos proyecciones políticas y económicas bien definidas para un mundo en el que ellos y nosotros estamos destinados a desempeñar un papel de **primérisima importancia.**

En este sentido, el grito de la hora, para nuestros jóvenes estudiantes de Ciencias Políticas y Sociales, debería ser —caso de que tengan espíritu

apostólico y aventurero, de que sean rebeldes en busca de una causa por la que luchar, tanto como son individuos que ya tienen o comienzan a tener conciencia y conocimiento sociopolítico—: “¡A Africa”. No con intentos de colonización —ni siquiera cultural— latinoamericana del continente antiguamente llamado “negro”, sino con el deseo de que los latinoamericanos y africanos pudiésemos llegar a colaborar en la descolonización y en la dignificación del mundo. En este sentido, la orientación de las autoridades universitarias latinoamericanas parece que podría apuntar en el sentido de la concesión de becas a jóvenes africanos para que pudiesen estudiar pacientemente en nuestras aulas, y a cielo abierto, en nuestras realidades, los tropiezos y los ensayos de solución que dan a sus problemas países que como los nuestros (latinoamericanos e hispano-luso-franco-belga-italo o anglo-africanos) han logrado su independencia política y buscan realizar plenamente su Independencia al través de esos movimientos de largo alcance que toca a la Sociología estudiar. Propuesta que nos parece resultaría interesante hacer ahora que en México está por reunirse también el Congreso Mundial de Universidades, que seguramente luchará porque las universidades —sin renunciar a su prosapia— sepan responder a los incentivos de la hora y colaborar en la construcción del mundo... Negativa, por tanto, a dejar que Latinoamérica se subsuma brutalmente en el Tercer Mundo, ya que, lo único que se busca, es una afirmación más fructífera de su ulterior subsunción, consciente, voluntaria, orientada en un sentido auténtico de servicio y cooperación.

Puede decirse con todo, fuera de las declaraciones programáticas que, al través de estos años —de este siglo y medio de independencia política, de este siglo y medio en que se ha proseguido el movimiento independentista que busca realizarse en todos los órdenes, ya se trate de lo cultural, de lo económico, etc.—, esa conciencia de comunidad se ha reforzado... Más aún: se ha llegado a hacer *plenamente* consciente... Todavía más: ha llegado a alcanzar altos niveles de voluntariedad.

Es el de Latinoamérica —podemos anotarlo aún desde estas consideraciones preliminares— un movimiento independentista que marcha de la dependencia exclusiva de España, Portugal y Francia, en cada uno de los casos correspondientes, a una interdependencia digna con respecto a todos los pueblos; pero, principalmente, a una interdependencia estrecha de sus diversos pueblos, a una verdadera intradependencia no reñida con la interdependencia que cada uno de sus Estados de por sí o dentro de Latinoamérica en general pueda y deba establecer con los

restantes Estados, sean estos americanos o no, se encuentren insuficientemente desarrollados o estén más o menos desarrollados.

A esta luz resulta clara la necesidad y la posibilidad de conformar un criterio precautorio para el logro pleno de la "Independencia" —de la digna interdependencia internacional —latinoamericana. Frente a los cambios que en lo social se produzcan en cualquiera de sus países integrantes, Latinoamérica debe interrogarse (en un plan tanto sociológico como político) *si* el cambio representa el que el país en el que se produjo ha alcanzado ya una etapa más adelantada y muestra el camino a los restantes componentes de la comunidad latinoamericana, *o si* el mismo significa que se ha introducido un elemento discordante dentro de dicha comunidad; si se ha introducido un elemento disruptivo de la misma; si existe ahora algo que atenta contra el logro, o algo que difuma en vez de precisar la entelequia que guía a Latinoamérica.

Es fácil reconocer que el tema de la independencia es, así concebido, plenamente susceptible de tratamiento sociológico distinto del puramente histórico, y que el mismo es un tema nuevo para la disciplina sociológica. Un tema nuevo, que *sociológicamente* puede estudiarse sólo en Latinoamérica, siendo imposible por ahora una sociología de la independencia africana. Un tema nuevo, apasionante, actual; más aún: un tema que puede resultar de gran utilidad práctica para los pueblos que aún se encuentran atravesando por esos movimientos independentistas, que aún se encuentran expuestos a no verlos culminar, en cuanto su falta de independencia económica, cultural o de otro tipo les hace correr el peligro de que, por tales vías, marchen de la dependencia de una metrópoli a la dependencia de otra, o sea, a la anulación de todo el proceso (en cuanto, en esta forma, *nunca* habrían llegado a ser sociológicamente independientes y sería inútil que celebraran centenarios o incluso milenarios de vida independiente y de revolución social).

¿Hay que agregar algo a lo dicho para dejar suficientemente de manifiesto que debe responderse por la afirmativa la pregunta que hacíamos al principio acerca de si era significativa la inclusión de este apartado en el temario de un Congreso que se reúne por primera vez en México y, al hacerlo en México, lo hace en Latinoamérica, producto de movimientos independentistas de tan enorme importancia?

Creemos que podría agregarse mucho, pero que lo anterior basta para mostrar la importancia que adquiere así el Décimonono Congreso Internacional de Sociología para Latinoamérica en cuanto incluye el tema "luchas por la independencia respecto de España y Portugal" que tan bien se liga —tanto en la perspectiva procesal sociológica apun-

tada como en la perspectiva de una posible comparación diacrónica y de posibles previsiones respecto de los movimientos independentistas del siglo xx— con temas como los del “desarrollo económico”, puesto que, al fin y al cabo, no se concibe desarrollo que, a más de ser armónico no sea total, y que, en cuano total, abarque aspectos inmateriales de la cultura como la dignidad internacional o el logro de una “personalidad” jurídica internacional y con temas como el de la colonización y descolonización que tienen que plantearse como problemáticos en los países africanos, que, a raíz de su independencia política, expulsan a los antiguos colonos europeos —recordar el Congo belga a raíz de la declaración de independencia por Balduino—, o piensan en colaborar con ellos y servirse de su experiencia, por lo menos en los años iniciales de su vida independiente —parece ser que ése es en parte el deseo de los somalís por lo que se refiere a los antiguos colonizadores y tutores italianos—, o que ven —en un cierto paralelismo con lo que ocurrió entre nosotros, que hemos sentido la gravitación económica de los Estados Unidos de América en estos años— que la Unión Soviética y China Popular comienzan a gravitar sobre ellas y a presionarlas políticamente, gracias a las conexiones económicas que con ellas han establecido y a la asistencia técnica que les brindan estas naciones.⁶ ¿No el guineano Sekú

⁶ Momentos antes de entregar este original para la imprenta, hemos corrido la numeración de nuestras rotas para intercalar ésta, ya que el licenciado Ramón Beteta, director general de *Novedades*, ha dado en este diario mexicano (año XXV, número 7020, México, D. F. Lunes 25 de julio de 1960, p. 1) una interpretación de sucesos recientes que nos parece convergente en relación con algunas de las consideraciones aquí consignadas por nosotros. Su interpretación (motivo de una plática televisada el día anterior a su publicación) se intitula “¿Una doctrina Monroe soviética?” De ella, extractamos: “Khrushchev (conservamos la transliteración del artículo) ha notificado a los Estados Unidos, y de paso también a todos los pueblos de la América Hispana, que, si aquéllos intervinieren en Cuba, los artilleros soviéticos lanzarán cohetes que acabarán con el Pentágano... También ha notificado al mundo y a Bélgica que el ejército ruso está listo para defender la libertad del Congo. Estas declaraciones constituyen ni más ni menos que una Doctrina Monroe Soviética, que no tiene por qué gustarnos más de lo que nos gustaba la original, enunciada en 1823 por el Presidente norteamericano”... “El paralelismo entre las dos declaraciones es impresionante. México y los otros países hispanoamericanos acababan de alcanzar su independencia cuando el presidente James Monroe notificó a Europa y al mundo que los Estados Unidos no permitirían la reconquista de sus antiguas colonias. La misma tuvo gran repercusión para el desarrollo de las naciones de este hemisferio. La doctrina Monroe no fue una declaración conjunta o multilateral. Los Estados Unidos no consultaron a sus supuestos beneficiarios —las naciones latinoamericanas— su resolución de defenderlas, resolución que tomaron *motu proprio*, y es de suponerse que porque así convenía a sus intereses... y aunque no puede negarse que su reso-

Turé se queja de no ser libre de hacer lo que quiere y de verse presionado por el embajador de China Popular, en forma conminatoria, a no establecer relaciones con China Nacionalista en momentos en que en Sonakrí dan la nota de color los búlgaros, los checos, los propios chinos asistentes técnicos en Guinea, que realizan, simultáneamente, una activa labor política? Y, a la larga, ¿no serán estas actuaciones las que hagan que los países liberados plenamente de la tutela colonial —frente a los que, dentro de una cierta autonomía política, han preferido permanecer dentro de las zonas de influencia de sus antiguos colonizadores— acaben por ver en la independencia (en una independencia no plenamente perfeccionada) un mal, produciéndose entonces una huída pánica de la independencia que les haga caer en sus antiguas dependencias o en otras nuevas?

Pero, si nada hay que agregar a lo dicho, por lo menos en estas consideraciones preliminares, con respecto a la importancia que el tema tiene en su tratamiento sociológico para Latinoamérica, ¿no sería útil añadir así sean sólo unas palabras acerca de la significación que tiene la ubicación latinoamericana de la sede del Congreso Internacional de

lución inmediata fue benéfica para la consolidación de la independencia de las naciones hispanoamericanas ni tampoco que, en el caso concreto de México, contribuyó a la derrota de Maximiliano, ni México ni ningún otro país de la América hispana vio con simpatía la Doctrina Monroe. Y es que tal doctrina tiene dos lados: uno, el que limita la intervención de las potencias extracontinentales en América, y el otro que, por implicación, parece permitir la intervención norteamericana en los asuntos de sus vecinos del Sur. Este segundo aspecto se puso de manifiesto en la aplicación concreta. En efecto: las potencias europeas, por la Doctrina Monroe o por otras causas, no intentaron después del fracaso de España en Veracruz restablecer sus colonias en América; pero, en cambio, los estadounidenses sí intervinieron en los varios países de este hemisferio. Así, el lema de 'América para los americanos' adquirió la connotación de 'América para los americanos... del Norte'... ¿No tenemos, entonces, derecho a pensar que el propósito de la U.R.R.S. es el mismo, esto es, tener manos libres para implantar el régimen comunista en los países que pueda ir catequizando?" (pp. 1 y 10). A lo que por nuestra parte, y dentro de la perspectiva en que nos hemos situado —ello no nos compromete en cuanto a lo que pensemos en otro sentido—, agregaríamos que lo que sería de temer no sería tanto la difusión comunista que así se consiguiese, en caso de que tal fuese la opción *libre* de los pueblos africanos, como no era de temer —e incluso era de desear— la difusión de las prácticas democráticas libremente aceptadas en el caso de los pueblos latinoamericanos que pudieran tomarlas de los Estados Unidos de América, sino el hecho de que tales declaraciones y actitudes hicieran que los pueblos africanos, en los umbrales de su independencia —conseguida apenas su independencia *política*—, la viesan abortar por caer en manos de otros imperialismos y de otras potencias colonizadoras.

Sociología? ¿Más aún: unas palabras acerca de su significación para la Sociología?

Según sabemos, México, al través del alto patrocinio de su Secretario de Educación Pública, doctor Jaime Torres Bodet, otorgó al Congreso Internacional de Sociología —pues como se sabe la determinación de la sede de un Congreso Científico es prácticamente una coopción— su ciudad capital como sede, en razón de haberse incluido el tema de los movimientos independentistas iberoamericanos en la temática del mismo. Para el sociólogo del conocimiento el dato es importante,⁷ porque el mismo muestra, una vez más, cómo la vida histórica de las instituciones dedicadas al cultivo de la Sociología está condicionada en buena parte por los problemas actuales, apremiantes a veces, de las naciones, y la forma en que ésta, al través de la vida institucional, condiciona el desarrollo de la disciplina misma.

Porque el tema de la Independencia ¿no vuelve a poner de relieve la necesidad de que tras la reducción —indispensable para el progreso de la Sociología en estos años— que hizo que se dejara de entender a la propia Sociología como estudio de *la* Sociedad humana o de “la “Humanidad” (que corría el riesgo de convertirse en término vacuo y grandilocuente) para entenderla como estudio de *las* sociedades o, finalmente, de *los* agrupamientos humanos,⁸ será necesario volver a darle toda su amplitud y concebirla —al través de estudios sociológicos de

⁷ Para tal sociólogo del conocimiento sería asimismo importante recordar: que, dentro de la amplitud de las actividades del doctor Corrado Gini, presidente del Instituto Internacional de Sociología, cuenta como muy importante la actividad docente —de la que hasta época muy reciente hubo de retirarse—, que el propio doctor Gini cuenta con múltiples alumnos mexicanos que aplican en la vida diaria conocimientos aprendidos de él y que esos mismos alumnos han valorado siempre su labor como maestro y como presidente del I. I. de S. Todo eso explica el interés puesto por ellos para que se facilitase la realización de ese congreso en México. El Congreso, por otra parte, es, como dijera el doctor Gini en Nuremberg —en 1958, durante el décimooctavo—, cuando conversaba con los asistentes mexicanos en particular y latinoamericanos en general —Carlos Echánove Trujillo, Roberto Mac-Lean y Estenós, Jeannette Abouhamad, así como el que escribe—, “un reconocimiento internacional de la importancia que, en cuanto al número de estudiosos, el volumen y calidad de sus aportaciones, tiene México en el campo sociológico”.

⁸ Agrupamientos sociales a cuyo estudio se ha dedicado muy particularmente en México el doctor Lucio Mendieta y Núñez en su *Teoría de los Agrupamientos Sociales* publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la U. N. A. M. México, 1950, y traducida al francés por Armand Cuvilier con el título *Théorie des Groupements Sociaux* (suivi d'une étude sur le Droit Social) y publicada en

la vida internacional—⁹ como estudio de la Sociedad humana, sí, pero de una Sociedad humana rica en contenido, como *estudio de los agrupamientos sociales y de las sociedades humanas interactuantes dentro de la Sociedad humana?*

Si esto es así, al realizarse en México, en Latinoamérica, el Décimo-nono Congreso Internacional de Sociología, se habrán hecho un servicio mutuo México el latinoamericano y la Sociología al través del Instituto Internacional de Sociología, de un largo y noble historial, que, como recuerda Echánove Trujillo, se remonta a Worms y ha contado entre sus miembros destacados a Gil Fortoul, sociólogo venezolano que llegó a la Presidencia de su país.

la Librairie Marcel Rivière et Cie. París, 1947. Cabe recordar que la obra ha suscitado excelentes comentarios de estudiosos de gran valía, mexicanos y no mexicanos, que la han considerado fundamental en la actual bibliografía sociológica.

⁹ A este respecto, nos permitimos recordar que una de nuestras intenciones principales —otra sería la que se desprendiera del epígrafe de la obra— al publicar nuestra *Causación Social y Vida Internacional* fue la de llamar la atención de los estudiosos hacia el hecho de que el movimiento —de ida— de la Sociedad hacia los agrupamientos sociales (y quizá hacia el estudio sociológico del individuo humano que llega a convertirse en persona) debía completarse con un movimiento —de vuelta— de los agrupamientos sociales hacia la Sociedad humana en general, para lo cual resulta indispensable estudiar la vida internacional tanto al través de sus aspectos institucionalizados como de los no institucionalizados.